

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes.....	4 reales.
Por tres id.....	11 »
Por un año.....	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Súmare sueltos, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon.	15 reales.
Por seis id.....	28 »
Por un año.....	50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses.....	30 »
ULTRAMAR.—Un año.....	6 pesos

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. 1.ª

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIRIJANTES: ORTEGO Y PEREA.

A LOS VOLUNTARIOS.

Queridos amigos:

Es preciso que os desengañéis de una cosa.

Como sois buenos, hay quien no os puede ver ni pintados.

Como sois juiciosos, hay quien no puede sufrir que seáis juiciosos.

Como sois pacíficos, hay quien no quiere que lo seáis por mucho tiempo.

Y ahí teneis el motivo de que los carlistas y los isabelinos estén siempre pensando de qué modo lograrían sacaros de vuestras casillas.

Desde que se hizo la Revolución están esperando los reaccionarios que haya desórden.

Ya sebeis aquello de á rio revuelto...

Pues bien, los voluntarios de la libertad han sido desde el 29 de setiembre modelo de sensatez y de juicio, defensores del orden y custodia de las poblaciones todas.

Los reaccionarios tuvieron un alegrón muy grande el dia en que supieron que se organizaban fuerzas de voluntarios.

Ellos dijeron:—¿Nacionales tenemos? No faltará bulla.

Pero no ha habido bulla. Al contrario, todo ha sido paz y formalidad por parte de los voluntarios de la libertad.

Como los voluntarios constituyen casi la totalidad de esa masa que se llama pueblo, resulta que el pueblo hoy está siendo un asombro de tranquilidad.

De modo que las esperanzas de los reaccionarios están defraudadas.

Yo se que un moderadote de lo más moderado que corre por ahí escribió á Paris hace tres meses.

«Me parece que no tendremos que hacer grandes esfuerzos para lograr que esto se acabe á farolazos. Con la milicia ciudadana basta y sobra para que esta libertad de ahora se acabe como se acabó la del cincuenta y cuatro. Habrá cada dia un motin por cualquier cosa y ya verá Vd. como entra la confusion enseguida.»

Pues este mismo moderadote ha escrito á Paris el otro dia diciendo:

«Estos condenados voluntarios se han empeñado en no alterar el orden y nos fastidian, porque la libertad se va consolidando. ¿No habria un medio de que esta gente se volviera revoltosa?»

Los medios nunca faltan.

El dia de la apertura de las Cortes se quiso poner en juego un medio de armar jaleo entre las filas de los voluntarios.

Ya os acordais. Hubo carreras, hubo tiros...

Y en el momento en que sucedia aquello, un caballero se presentaba en la estacion de telégrafos á expedir un despacho á Paris, en el que se decia sobre poco más ó menos:

«Motin, tumulto, voluntarios pronunciados.»

¿Lo veis?

Se desea que os pronunciéis; se desea que haya tumulto y bullanga, y disgustos, esto es lo que se desea.

Ahora bien; ¿qué decís vosotros á eso?

Yo os estoy observando desde setiembre.

Os he visto siempre unidos, compactos en la idea de defender el orden y de no alarmaros.

Y por eso confío en vosotros. No debo, sin embargo, ocultaros lo que pasa. Ya sabreis que se conspira. Eso lo sabe todo el mundo.

Se conspira, pero de verdad. Los defensores del niño *terso*, esos que dicen que en cuanto venga su amo ya á quemar vivos á todos los ciudadanos que hayan tenido un fusil en casa, esos se mueven, se agitan más que nunca.

En Madrid hay comisionados que están reclutando gente deprisa y corriendo. El dia menos pensado se van á echar á la calle. No lo dudeis; se echarán á la calle, porque son testarudos y tienen fé en sus antiguas ideas.

¿Y sabéis á qué esperan para echarse á la calle? Pues no esperan más que ver llegar el dia en que los voluntarios, animados por algun trastornador pagado de antemano, se pronuncien contra cualquier cosa.

Ellos, aprovechando la confusion, saltarán entonces.

Ya sabreis que aquella buena señora que tuvimos aqui de reina constitucional, se encuentra hoy en Paris donde se pasa la vida renegando de todos nosotros.

Esa buena señora tiene todavía unos cuantos amigos. Parece mentira, ¿eh? Pues es verdad; tiene unos pocos amigos que le dicen á todas horas lo que á ella le gusta oír, esto es, que no seria difícil volverla á colocar de patitas en el trono de San Fernando.

Animada ella con estos augurios, se gasta su dinerito en hacer prosélitos. Y ese dinerito viene á Madrid donde se reparte entre unos cuantos perdidos, que se lo gastan en comer y beber esperando que de Paris les digan «ahora.»

¿Y sabéis cuándo les dirán ahora? El dia en que hayan conseguido que éste ó el otro batallón de voluntarios empiece á dar ejemplo de indisciplina.

Voluntarios de la libertad, queridos amigos, en vuestras manos estamos todos. Vosotros sois los que podeis echarlo todo á perder ó los que saqueis á flote la libertad del temporal, que contra ella empiezan á descargar unos cuantos tunantes.

¡No os envanezcáis por esto! No os vayais á figurar que sois un ejército de soldados.

Sois un ejército de ciudadanos, lo cual es mucho mejor.

Sois los verdaderos amigos del país. Si os torceis vosotros... ¡Adios país! Andad siempre muy derechos, que á todos nos conviene.

El orden y la libertad os tienen mucho que agradecer.

Vivid prevenidos, porque hay grandes deseos de que perdáis el juicio.

Con que, amiguitos, firmes en la brecha, palo á la reaccion, y ¡viva la gracia!

Vuestro siempre

GIL BLAS.

EL SUPPLICIO DE TÁNTALO.

(LEYENDA DEL PORVENIR.)

Erased un dia del mes de febrero de 1869, época memorable en la historia patria, porque pudiendo los españoles ser libres fueron á buscar un amo.

Y lo buscaron por varios rincones, y el amo no parecia, porque aunque parecian muchos, no parecia ninguno bien.

Hasta que D. Salustiano, el hombre que solo servia para echar abajo reyes, se empeñó en echar uno arriba.

Y entonces D. Salustiano se acercó á Napoleon y le dijo:

—Vamos á buscar un amo á gusto de Vd.

—¡Choca! le dijo Napoleon apretándole la mano.

Y se fueron por esas calles examinando los reyes que habia, hasta que se fijaron en un rincon llamado Portugal.

—Páre Vd. los piés, gritó D. Salustiano. ¿Qué le parece á Vd. ese prójimo?

—¿Ese que toca la flauta? No toca mal.

—Pues vamos á ajustarle. ¿Eh? ¡Buen hombre! ¿Cuánto nos lleva Vd. por ser el amo de los españoles?

(Al oír esto, D. Fernando alzó la cabeza y España bajó los ojos.)

—¿Con que me necesitan esos pobrecitos españoles? preguntó D. Fernando.

—Sí señor, á última hora hemos descubierto que aunque nunca nos habiamos acordado de Vd. para nada, aunque sin Vd. hemos derribado una dinastía de tres siglos, aunque sin Vd. nos hemos obsequiado con los derechos individuales en su más lata expresion, ahora nos detenemos en el camino para buscar un espantajo. ¿Quiere Vd. servir de espantajo?

Napoleon (aparte).—D. Salustiano comprende mi posicion.

D. Fernando.—¿Pero va de veras? Hombre, sino lo creo. Si yo soy el ménos rey de todos los reyes.

D. Salustiano.—Pues por eso lo queremos.

Napoleon (aparte).—D. Salustiano comprende mi posicion.

D. Fernando.—Pues si Vds. quieren un rey que sea poco rey, ahí tienen Vds. á Espartero.

Napoleon.—(Nos partió.)

D. Salustiano.—(Aquí de la diplomacia.)—Amigo mio, para que los españoles se traguen la píldora es menester dársela muy dorada. ¿Está Vd.? Le hablaremos de la union ibérica, de que Vd. es una solucion, y de otras cosas bonitas y caras. Vamos, ¿se viene Vd. con nosotros?

—Hombre, por no hacer un desaire.

II.

Y se reunieron los padres de la patria que se usaban por aquel tiempo.

Y dijo uno:

—Ya me duele la barriga de estar sin rey. Yo no puedo vivir así. Necesito un rey para que me haga duque y me dé gusto.

—Lo mismo digo.

—Alto, señores, ya tenemos rey, ya tenemos solucion.

—¿Solucion? ¿Ha dicho solucion? ¿Con que es decir que se puede resolver esto?

Prim.—Todos los corazones laten al contemplar la grandeza de la patria por medio de la union ibérica. La revolucion de setiembre tenia *nesesidad* de esta union. (*Dando un puñetazo en la mesa.*) ¡Oh, que union tan resalada! Los españoles siendo portugueses, los portugueses siendo españoles y las españolas siendo de todos. ¡Ah! ¡Que me desmayo! Que me traigan un portugués para abrazarlo delante de todos.

El general Serrano.—¡Y á mi una portuguesa!

III.

Y D. Fernando, convertido en solucion, dejó la flauta y se vino á España—*coronado de rosas y de pámpanos.*

En presencia de esta novedad, los republicanos cogieron los gemelos para verlo de cerca, como se usa en el teatro.

Y dijo un republicano:

—Yo no quiero rey, pero si ese hombre me trae á Portugal, me callaré, si señor, y le aceptaré.

Y dijo GIL BLAS: Yo tambien, pero me escamo.

Entonces se levantó un diputado, y dijo:

—Señores, ya está aquí el hombre; ¡es viudo! ¿Bonito estado, eh? No tendrá hijos y á su muerte heredará el hijo del actual rey de Portugal las dos coronas, y hé aquí realizado el sueño, que segun el general Prim, es la *nesesidad* de estos tiempos.

El Congreso en masa.—Está bien, pero que se comprometa á no tener hijos, porque de otra manera no hay solucion.

IV.

El juramento.

Nos, que todos juntos folgamos más que vos, y cada uno tambien, os nombramos rey á condicion de que no folguéis, é si faltáredes á la cláusula, dejáredes el trono de Pelayo. ¿Jurades non tener hijos?

—¡Si juro!

—Sois nuestro amo. ¡Viva el rey! ¡Viva la union ibérica!

V.

El rey.—Me han dicho que ha venido á la ópera una tiple de mucho mérito.

El ministro.—Si señor, pero S. M. no puede verla.

—¿Por qué?

—Porque es muy guapa, y puede ocasionar deseos contrarios á la union ibérica.

—Bueno, hombre, bueno. Vamos á dar un paseo por la Castellana.

—Imposible, señor, por allí pasean las mujeres más hermosas de Madrid.

—Dime, ¿no es mañana dia de besamanos?

—Sí, señor; pero solo asistirán hombres.

—Corriente; pero á lo menos tendremos esta noche concierto.

—Sí, señor, ya están avisados los típles de la capilla.

—¿Los típles?

—¿No sabe V. M. que es peligroso traer mujeres? ¿Y la union ibérica?

VI.

El resultado.

—Estoy lucido, (exclama el rey aparte); yo que me muerdo por las buenas mozas, estoy condenado á vivir lejos de ellas. ¿Y para esto me han traído á España, al país de las caras bonitas? Necesito una mujer ó dos, pero... ¿y mi palabra empeñada? Seamos justos. Sin las mujeres no hay felicidad, y puesto que se me condena á no tener hijos para hacer la felicidad de estos pueblos, adoptaré el mejor partido. Me moriré. ¡Ea, buenas noches!

Una voz.—¡El rey ha muerto, viva el rey! Quedan reunidos los reinos de España y Portugal en la persona de D. Luis, heredero de...

Portugal.—¡Yo no quiero!

Inglaterra.—¡Yo me opongo!

Las mujeres.—¡Y para eso han sacrificado Vds. á ese pobre hombre!

LUIS RIVERA.

MIS APUROS.

Cada vez que he oido decir: «la democracia es la envidia», me he sentido vivamente lastimado en mi amor propio, imaginando que todo el mundo lo decia por mí.

Porque, hablando con franqueza, como dicen los chalanés, he contraido desde largos años el hábito de ese pecado capital, viviendo entre españoles que de todo corazon han sabido amar cuantas instituciones han llovido sobre la patria.

Conozco á compatriotas míos ¡pero muchos! que han sido ardientes amadores de Fernando VII, amadores ardientes de Isabel II, ardientes apasionados de Pedro V, ardientes adoradores de la República, y ahora mismo, cuando al parecer su corazon debería estar frio, yerto, aun les queda en él fuego bastante para idolatrar al futuro Antonio I, interinamente duque de Montpensier.

Dichosos ellos. Mucho les será perdonado, porque mucho han amado; al paso que yo, infeliz, no deberé tener perdon de Dios, porque ante su irritada faz no podré gloriarme sino de un amor solo, del amor á aquella única institucion que no ha hecho la felicidad de mi patria.

El hecho es que yo quisiera ser súbdito leal y amante del monarca que haya de reinar en España, si así lo dispone la Providencia, y por más que estimulo mis más tiernos afectos hácia ese objeto hipotético de la adoracion futura de mis hermanos, los susodichos afectos duermen como lirones y no tienen trazas de hacer otra cosa en la vida.

Y ello es que yo quiero amar al rey: quiero amarle y sentir aquel regocijo público que produce en los súbditos leales cuando va al teatro; cuando les promete que el déficit va á desaparecer de un momento á otro; cuando se digna repetir á un embajador lo que el embajador acaba de decirle; cuando se digna preguntarle á un soldado cómo se llama, y en resúmen, en todos aquellos sublimes actos y operaciones fecundisimas que constituyen el divino arte de reinar.

Pero, á pesar de mi buen deseo, ¿de qué manera me las compongo yo para experimentar esa sensacion amorosa que tan á mano tienen los que han nacido para súbditos leales? Me falta el capital, me faltan instrumentos, primeras materias, todo.

Vendrá el rey (es un suponer), y dirá la *Gaceta* aquello del entusiasmo, que apuesto un peso que rayará en frenesí; la casualidad, es decir, la Providencia, le brindará con una feliz coyuntura para socorrer una miseria; enmendará la injusticia cometida con un hombre de mérito olvidado ó postergado; habrá iluminaciones, *Te Deum* y borracheras... ¡y yo insensible!

Casi puede asegurarse que ese rey (que quizá venga), no será pariente mio, ni amigo, ni conocido de vista; en punto á ciencia, ni siquiera habrá inventado una cocina económica ni un agua que haga crecer el pelo; en materia de letras no tendrá más que los sonetos que le hayan dedicado á cambio de alfileres de pecho; en cuanto á bondades no podrá decirse de él sino que nunca ha sido procesado criminalmente; y sin embargo, me veré vergonzosamente atolondrado por el entusiasmo ageno... ¡y yo insensible!

¡Ay de mí! Cuando veo que la revalenta arábiga y el candidato al trono posible devoran la mitad del espacio sobrante de los periódicos, confieso otra vez que padezco de aquel feo pecado capital enemigo acérrimo de la caridad, de la ruin envidia, enemiga del género humano, exceptuando de él á Enrique Escrich y á Guijarro, para quienes ha sido una mina de oro.

¡Oh mortales, que os preparáis á las gratas y nobles emociones de vuestro amor nonato, recomendadme á la clemencia de vuestro señor inferi, para que pródigamente misericordioso me perdone el no poder amarle nunca!

Con toda lealtad confieso que no nací para súbdito leal. Doy al monarca este aviso que, con sentimiento lo digo, es lo único que puedo darle. El Señor nos dé que dar.

Una ingrata institucion á quien amé desde niño se llevó todos mis afectos. Me prometió venir á España y no viene. Allá en los Estados Unidos me dice que vive feliz la ingrata en brazos de otro... Pero yo no puedo olvidarla. Llamadme débil, llamadme pobre de espíritu; tendreis razon, pero la amo con el alma.

¡Y, sin embargo, yo quisiera amar el trono! Quisiera á lo menos no odiarle como me sucede con los sanjuanistas y los protestantes; pero no puedo, no puedo, no puedo.

¿Cómo lo he de decir? No puedo.

ROBERTO ROBERT.

ECOS DE MADRID.

Es cosa que no puedo sufrir que los ricos, por el mero hecho de serlo, tengan derecho á que los revisteros le cuenten al público lo que han almorzado ó comido aquellos señores, las personas á quienes han convidado, el vestido que llevaba la señora de la casa y el color de los papeles de la sala, y mil y mil detalles *noños* que el público lector tiene que tragar porque al revistero y al conde A*** ó al duque B*** le sirva de gusto ver pagado el obsequio que ha hecho á sus amigos.

En este punto hay revisteros que no tienen rival.

Cada cuatro ó cinco dias se nos vienen dando tono con el baile de aquí, la gira de allá y el *pique-nique* (¿qué bonita palabra, verdad?) que hubo en tal ó cual parte.

Es preciso que los periódicos que se dedican al pueblo, le den tambien al pueblo sus satisfacciones.

Allá van unos cuantos detalles que darán á nuestros lectores una idea de las fiestas de la semana.

El domingo abrió sus salones al carpintero de la calle de*** cuyas cómodas y armarios roperos son tan conocidos de la sociedad madrileña.

Fué aquella una pequeña fiesta de familia en la cual rebotaban la satisfaccion y el contento de las gentes que viven modestamente y no le deben un cuarto á nadie. La dueña de la casa vestia un humilde traje de lana verde que valdria poco dinero seguramente, pero que tenia el mérito de haber sido hecho por su dueña, la cual tenia á mucha honra el haber empleado la semana en tan grata como económica faena.

Asistieron los vecinos del cuarto segundo, sencillos artesanos conocidos y apreciados en el barrio por su digno comportamiento el dia 22 de junio de 1866, en que curaron á varios heridos exponiendo su propia vida, y proporcionaron cuantos recursos les permitia su posicion á los liberales que se vieron precisados á emigrar aquel mismo dia. Algunas niñas bonitas de la vecindad daban mayor encanto á la reunion, en la cual el descote escandaloso con que hacen gala de sus formas las damas de nuestra alta sociedad, estaba suprimido, así como los diamantes y las perlas, que se veian sustituidas por flores naturales.

A las doce de la noche la reunion se disolvió por tener que acostarse todos los confertulios para levantarse temprano al dia siguiente, en que había que trabajar como de costumbre.

Fué una *soirée* en la que se habló de cosas puramente domésticas, y en la cual la murmuracion no tuvo parte alguna.

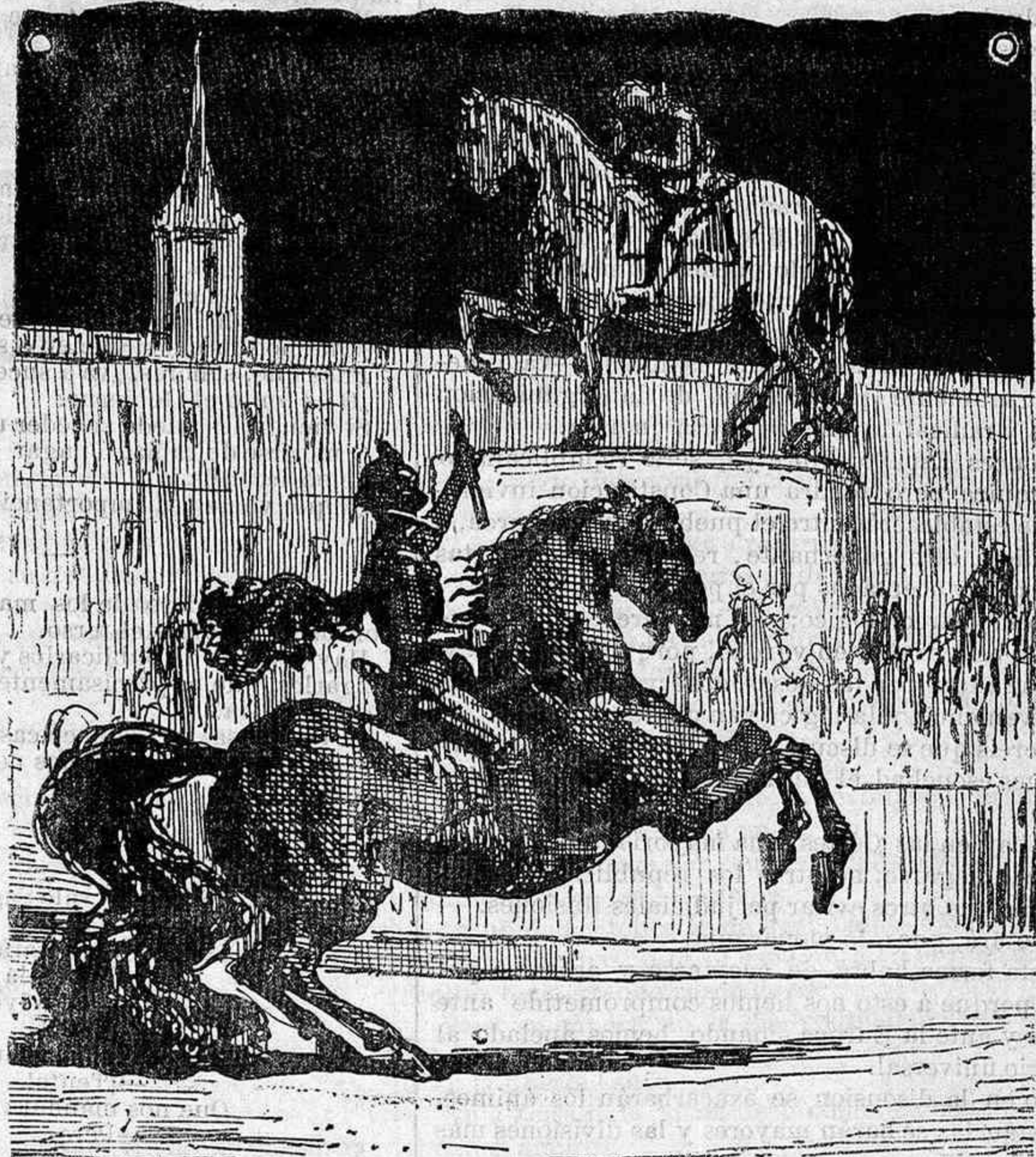
En la misma noche se verificaba en un sotabanco de la calle de*** otra fiesta mucho más animada.

La hija de un estucador se acababa de casar con el hijo de un maestro de obras, y las familias de los dos contrayentes celebraron el fausto acontecimiento con una agradable velada, que duró hasta cerca de la una y media.

Lo mas distinguido de nuestros artesanos había acudido á admirar la belleza de la novia, que vestia un sencillo traje blanco, sobre el cual caian las negras trenzas de su abundosa cabellera. Un piano alquilado para esta solemnidad (y pagado en el acto de tomarlo, lo cual no es muy comun en estos casos) sirvió para amenizar la fiesta, con algunos walses y polkas que las delicadas manos de una linda jóven de la clase media tocó con admirable soltura, mientras que ocho ó diez parejas se entregaron durante dos horas á las delicias del baile.

El acontecimiento no podia ser más grande. Era la boda de dos jóvenes, cuyos padres les habían guardado una dote regular á fuerza de economías y de constancia. Entre los concurrentes vimos algunos obreros decentemente vestidos, y no pocas niñas bonitas. Pero la verdadera reina de la fiesta fué la jóven X***, célebre más que por su belleza, por su

LOS ÚLTIMOS MONOS...—POR ORTEGO.



—¿Con que á Vd. le asciende el Sr. Figuerola por moderado?
 —Naturalmente. ¿Y á Vd.?
 —A mí me descende.
 —¡Vamos, será Vd. liberal!

—Compañero, ¿te vienes?
 —¿A dónde?
 —Al extranjero. Aquí no hacemos nada.
 —Hombre, aguardaremos unos dias... Mientras viva D. Salustiano, hay esperanzas.

virtud y por ser el sosten de su anciana madre y hermanas, que á no ser por esta heroína del taller hubieran perecido desde que el jefe de la familia fué fusilado por los soldados de Narvaez.

Notamos la ausencia de una hermosa mujer, cuyo marido es un obrero muy apreciado entre los de su clase; y al preguntar por ella á los dueños de la casa, nos dijeron que desde que se sabe la conducta equívoca de esa mujer, los artesanos no la convidan á ninguna reunion, por evitar mal ejemplo. Puede asegurarse que entre todas las mujeres que asistieron la otra noche á la fiesta dada por los señores de***, no habia ninguna que no fuese virtuosa á toda prueba.

Los dueños de la fábrica de jabon de***, obsequiaron anteayer á sus numerosos amigos en su nueva quinta, que es una posesion muy bonita. Estos acreditados fabricantes, que ni han comprado bienes nacionales, ni tenido contratas, ni ocupado altos destinos públicos, ni siquiera saben donde está el Casino, han logrado al cabo de treinta años de trabajo constante, reunir una regular fortuna, con parte de la cual han comprado la finca donde anteayer tuvo lugar la gira campestre que tan gratos recuerdos dejó grabados en la memoria de cuantas personas asistieron á ella.

Allí pasearon en amable consorcio el conocido mueblista*** con la maestra de primera enseñanza; el fabricante de papel, con la confeccionadora de ropa blanca (segun llamamos ahora), y advertiase en todos los semblantes la alegría y la satisfaccion que da la tranquilidad de la conciencia. Sencillez en los trajes como en las maneras, ninguna pretension y franco lenguaje, tales eran los caracteres princi-

pales de aquella reunion alegre y bulliciosa. Un dia sereno vino á dar mayor encanto á la fiesta, durante la cual los dueños de la casa no cesaron de obsequiar á sus comensales. Al final de la opípara comida con que fueron obsequiados los convidados, y en la que no hubo ningun plato de cocina extranjera ni más vinos que los españoles, se pronunciaron alegres brándis, entre los cuales descollaron los de algunos oficiales de la fuerza ciudadana, que aclamaron á la libertad recientemente conquistada por el pueblo.

Estas son las fiestas que el revistero de GIL BLAS ha visto esta semana, y que no puede por menos de referir á sus lectores, porque en ellas ha observado lo que quisiera observar en todas partes. Virtud, honradez, amor al trabajo y sencillez en las costumbres.

Verdad es que estas cosas tienen poco atractivo para los revisteros que gustan de descripciones brillantes y de emociones fuertes; pero eso va en gustos. A mí me gusta la prosa de la vida tranquila que se usa en el modesto ajuar del ciudadano que vive de su trabajo.

EUSEBIO BLASCO.

QUESTION DEL MOMENTO.

Amistosa carta dirigida por un republicano-demócrata á un club democrático-republicano.

Ciudadanos del club democrático-republicano de Anton Martin: Si, como vosotros asegurais y yo no

dudo, sois en efecto republicanos, no tomareis á mal que un correligionario vuestro, que combatió á los reyes—cuando eran reyes—os dirija hoy su voz sin ceremonias y sin rodeos para combatir lealmente una de vuestras últimas determinaciones.

He sabido por los periódicos, que habeis discutido en vuestro seno el tema siguiente: «¿Conviene al partido republicano el aplazamiento de la discusion sobre la forma de Gobierno?»

Muy conveniente y muy plausible me parece que en las reuniones populares se ventilen y se examinen estos asuntos de interés general. Bueno es que la opinion se forme, bueno es que nos acostumbremos á la lucha de las ideas, bueno es, por último, que el pueblo se habitúe á discurrir por sí mismo.

Pero como todos estos objetos pueden realizarse sin votacion, yo tengo para mí que en discusiones de esa índole no debe votarse: el acto de la votacion supone una resolucion inmediata, y cuando esa resolucion no ha de tomarse, cuando la práctica no ha de seguir inmediatamente al resultado de la votacion, esta me parece inútil.

Prescindiendo, sin embargo, de este modo mio de ver las cosas, que á la postre puede muy bien ser equivocado, quiero deciros que no estoy conforme con lo que habeis votado.

Poco vale mi opinion seguramente: vosotros la oireis, no obstante su escaso valor, porque es la de un ciudadano que la somete al juicio del país.

Habeis dicho que el aplazamiento de la discusion sobre la forma de gobierno no conviene al partido republicano. Pues bien; yo digo que ese aplazamiento conviene al país.

Ya veis como, en mi juicio, este aplazamiento ha de convenir tambien al partido republicano, si ya no es que suponeis antagónicos los intereses del

país y los del partido republicano, cosa que no sucede, que no sucederá nunca, y que si por desgracia sucediera, determinaría la muerte de nuestro partido.

España necesita constituirse, y constituirse libremente. Los ciudadanos españoles necesitan, y lo necesitan con urgencia, que sus representantes declaren solemnemente el reconocimiento de los derechos individuales.

Este es el trabajo esencial y primero en interés y en importancia de la Asamblea constituyente.

Es más; estos son principios en que todos los diputados se hallan conformes, y que tranquilamente quedarán consignados en la Constitución española. Terminada esta, declarados los derechos del individuo, garantizadas sus libertades de una manera definitiva, en cuanto serlo pueden humanas instituciones, llegará lógicamente y por su peso propio la determinación de la forma de gobierno, asunto que con toda su importancia—que es mucha—vale menos seguramente que el fondo de la organización íntima y radical de nuestra patria querida.

Entonces España, libre ya, será republicana ó monárquica, pero tendrá una Constitución inviolable que establecerá entre el pueblo y el monarca, ó cualquiera otro gobernante, relaciones impuestas por el país y aceptadas por el poder.

Esto me parece lógico; esto me parece conveniente, y no es extraño, en verdad, porque cuando despaño se examinan las cosas, obsérvase siempre que la conveniencia y la lógica van unidas.

¿Quereis que se discuta antes la forma de gobierno? Pues escuchad el resultado probable de la discusión.

Que hay en las Cortes una mayoría monárquica, no puede negarse; nosotros los republicanos debemos más que otros evitar perjudiciales ilusiones.

Se votará, pues, la monarquía.

Y esta forma habrá de aceptarse y acatarse por todos, porque á esto nos hemos comprometido ante el país y ante la Europa cuando hemos apelado al sufragio universal.

Pero en la discusión se exacerbarán los ánimos, las distancias se harán mayores y las divisiones más profundas.

Nuestros representantes—aun suponiendo en ellos grandeza de alma—son hombres al fin, y tienen por consiguiente sus debilidades. El despecho de los unos, la vanidad lisonjeada de los otros, determinarán entre todos una especie de animosidad inevitable y perniciosa para los intereses del país.

La constitución de una monarquía no se vota ni se discute como la de un país en que no existe forma de gobierno determinada.

Nada quiero decir de la discusión del candidato ó de su imposición por la fuerza, porque nos llevaría tal vez á creer en la posibilidad de una guerra civil.

Tales son las razones que tengo, amigos míos, para desear que esa discusión, inútil hoy, se aplaque por algún tiempo.

El asunto bien merece la pena de examinarse despaño, sobre todo cuando de un modo tan distinto lo consideran hombres de las mismas opiniones.

Ved por qué he creído indispensable dirigirme á vosotros y deciros: «Somos correligionarios, amamos todos de buena fé á nuestra patria, y porque la amamos deseamos para ella la forma republicana; pidamos, pues, unos y otros que siguiendo el orden más natural y más lógico de las discusiones, la Asamblea Constituyente nos dé una Constitución duradera, antes de darnos un gobierno transitorio.» Siempre vuestro.

A. SANCHEZ PEREZ.

CABOS SUELTOS

Esto no es vivir.

Madrid se ha propuesto hacerse el interesante.

Todos los días hay rumores de alarma y mentiras y necedades que corren de boca en boca.

Y estas cosas suceden porque el pueblo es demasiado tolerante.

En la Carrera de San Gerónimo se reúnen todas las tardes los amigos de Gonzalez Brabo, los que ocupaban altos destinos hace cinco meses, los moderados en fin, que no debían estar en Madrid, y que se complacen en proparar noticias falsas.

Me alegraría que una tarde hubiese allí algún disgusto y que el pueblo perdiese la paciencia.

Seguramente, que si nosotros estuviéramos en el caso de esos moderados y ellos en el nuestro, no nos permitirían estar en la Carrera estorbando el paso y divirtiéndose á costa del país.

No me gusta nada que haya alborotos en la tribuna pública del Congreso.

Eso da una idea muy triste del público y es ocasionado á conflictos.

¡Un poco de prudencia, caballeros, que falta hace!

Otra de las muchas tonterías que observo es la importancia que estamos dando á Calonge y demás moderados que están en el extranjero.

«Que vienen.»

«Que no vienen.»

«Que han dicho que van á venir.»

«Que no se sabe si vienen ó se quedan.»

Pues qué, señores, ¿va á suceder algo si vienen?

¿O es tonto el Gobierno?

Si vienen les puede suceder una de dos cosas.

O morir de rabia, ó pagar por todos en cuanto asomen la oreja.

¿A qué viene esa importancia?

Y lo mismo digo de los manifiestos de Isabel de Borbon y de Carlos el tercio.

Hay un afán de publicarlos y de comentarlos, y de juzgarlos, que es precisamente lo que á los interesados les gusta.

De esas cosas no se hace caso. A lo sumo se ríe uno de ellas, como hacemos nosotros.

Dicen que sale Sagasta...

—Basta.

Dicen que entrará Silvela...

—No cuela.

Que Olózaga volverá...

—¡Quiá!

Que será don Juan regente...

—¡Tente!

Que nos mandará Rivero...

—Pero...

Que será rey don Fernando...

—¿Cuándo?

Y que hablará don Antonio...

—¡Demonio!

Diálogo el día de la apertura de las Cortes.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, caballero, unos rateros impávidos que han querido alarmar al vecindario por mor de un reloj.

—¿Y los han preso?

—Verdaderamente.

—Vaya, muchas gracias.

—Que Vd. descanse, caballero; si hace falta recadu, en la calle del Lobo tengo la tienda. También se dan noticias.

Es hasta donde puede llegar la especulación y el anuncio.

Otro diálogo el día de las carreras.

Una señora.—¡Ay, mis niños!

Otra.—¿Cuáles?

La señora.—Los que pienso tener. ¡Figúrese usted si estuvieran aquí ahora, qué susto!

El señor don Salustiano se ha ido á Vico á vejetar, y asegura que no sabe donde vamos á parar.

Nada menos que 20,000 duros mensuales se gasta doña Isabel de Borbon en subvencionar periódicos, que la defiendan.

¡Así somos tantos!

¡En cambio, el año pasado por este mismo mes, éramos tan poquitos!

Dice un periódico neo:

«¡Al fusil Chassepot se debe el que los súbditos del Papa gocen hoy de una paz preciosísima!»

Francamente, esto ya es lo mismo que tirarle un patatazo al Espíritu Santo.

Ha muerto *El Estandarte*.

Pidió subvención á todos, no se la quisieron dar, y se murió el pobrecito de pura necesidad.

Voy á dar á mis lectores una prueba de lo que es la lógica de los católicos.

El periódico *La Iglesia* se deshace en elogios del Sultan por las concesiones que hace á la religion católica, y con este motivo exclama varias veces: ¡Viva el Gran Turco!

Vamos á cuentas, *Iglesia* de mis pecados.

El Sultan, siendo mahometano, tolera y respeta á los católicos, cosa que merece tus aplausos y los míos.

Pero si el Sultan fuera intolerante con los católicos, como los católicos son intolerantes con los mahometanos; si en lugar de respetar persiguiera á las religiones que no son la suya, ¿qué diría entonces *La Iglesia*? Diría... Pues lo mismo diría yo.

Los liberales hacen lo que el Sultan, que es respetar las demás religiones; ¿por qué no nos elogia *La Iglesia*?

Los obispos católicos siguen una conducta enteramente opuesta á la del Sultan. ¿Por qué no los censura *La Iglesia*?

He tenido el honor, público amigo, de mostrarte una vez más, hasta donde llega el ruin egoísmo y la falsa lógica de los llamados católicos.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: Camorra.

CHARADA.

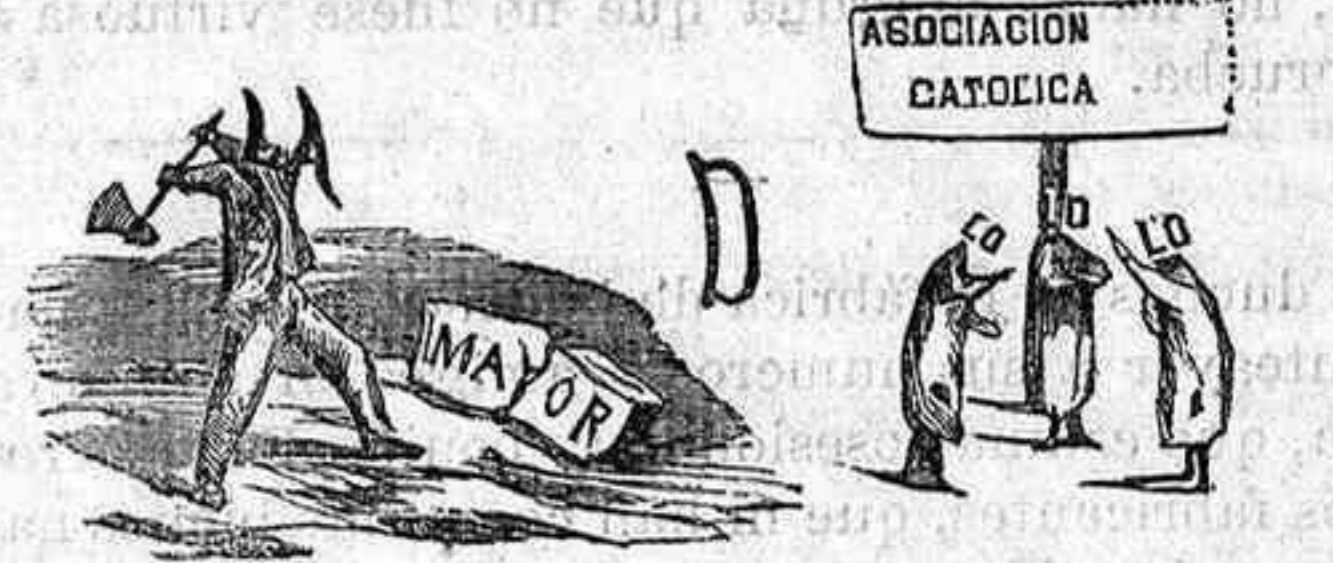
Nada dice por si sola pronunciada mi primera, mas la segunda le sigue que es un pronombre en mi tierra.

Las dos juntas cosa noble, eso lo sabe cualquiera; y la segunda y siguiente teme confesar mi lengua.

Tercera y cuarta habrás visto en el templo con frecuencia, y prima, segunda y cuarta en mi cocina se encuentra.

Finalmente, el Diccionario de la española Academia asegura que hay tres clases del todo, que es una yerba.

JEROGLÍFICO.



(Las soluciones en el próximo número).

SALA DE ARMAS

DE MR. BROUTIN.

Calle de Muñoz Torrero, núm. 6, bajo.

RECOMENDAMOS AL PÚBLICO LA ACREDITADA DEN-
Riista doña Polonia Sanz, la cual se ha trasladado desde
la calle Mayor á la del Arenal, 8, pral.

MADRID: 4869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA GABEZA, 27.